

IBN HAZM AL-ANDALUSI, O EL RIGUROSO ANHELO DEL ABSOLUTO

Jaime Sánchez Ratia*

A Jorge Lirola

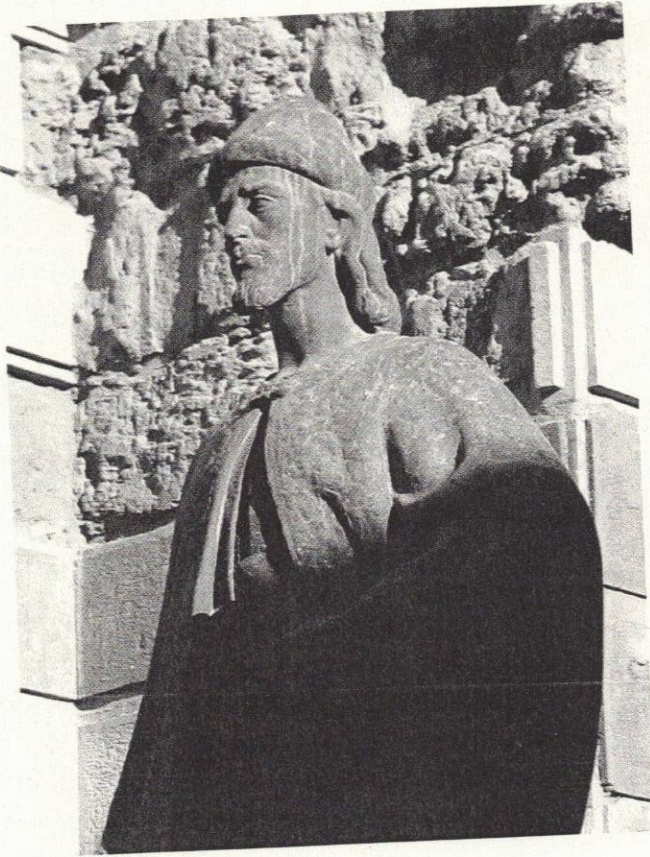
Ibn Hazm (muerto en 1064) es uno de los numerosos sabios cordobeses que contribuyeron de manera sobresaliente a la elaboración del saber andalusí; una de los protagonistas del período de Taifas y una de las cumbres de las letras islámicas medievales. Célebre en la actualidad por su tratado del amor, *El collar de la paloma*, dedicó muchos de sus esfuerzos a las ciencias religiosas: hermenéutica de las Escrituras, apologética y un largo etcétera de contribuciones al saber islámico, lo que incluía la «ciencia» de las genealogías y la reflexión detenida sobre la legitimidad política.

No hay destino más cruel que el del venido a menos. Fue esta, la del venir a menos, la carta que sacó de su mazo, en la rifa de la cuna, Abu Muhammad Ibn Hazm al-Andalusi al llegar a este bajo mundo. Desde su luminoso nacimiento entre los algodones de una familia bendecida con un visirato, toda ella rozada de poder y privilegios, un 7 de noviembre de 994 en Córdoba, hasta su intransferible naufragio personal a los 69 años en la más triste soledad, rodeado de papelajos y de la compasiva solicitud de los últimos discípulos, un 15 de agosto de 1064 en un andurrial tan incierto¹ que ni siquiera se puede situar en el mapa con exactitud, media un rodar² hacia la nada y el estruendoso fracaso en lo social y lo político, pero también una de las existencias más asombrosas y ricas, desde el punto de vista intelectual, que se hayan visto jamás sobre la Península, tan acostumbrada a los —como dijo el chusco— «arranques de pura sangre y parones de burro español», máxime entre la clase

pensante ibérica, a menudo tan necesitada de venderse que nunca aprendió siquiera a regatear.

Rolling stone gathers no moss, sentencia el dicho inglés. La piedra que rueda no toma musgo o, como dijera el propio Ibn Hazm, es preciso «dar aire a las almas, pues, como el hierro, también se orillan»³; tal fue su máxima, y permanecer limpio de musgo compensó, al parecer, a Ibn Hazm con creces el hecho de caer, penoso hábito e ineluctable destino de todo lo que rueda. Pero la historia, si bien dura, es sabia, bastante más que la mano del mercado. En estos últimos mil años, poco más o menos, la figura de este *homenot* del islam hispánico, cascarrabias e iluminado, tierno y rudo, místico y prosaico, sabio y dogmático, recto y arbitrario, poeta finísimo y ser en ocasiones tosco, mosca cojonera y zumbona de todos los palacios, cortes y *cortezuelas* en los que le fueron denegados pan y sal —capaz de deshilachar las finas

* Naciones Unidas, Ginebra.



Estatua de Ibn Hazm, Córdoba

hebras de su corazón por la antigua muerte de una esclavilla otrora amada⁴ al tiempo que propone con voz firme la lapidación como remedio infalible contra los más de los pecados de la carne (sobre todo si son del otro sexo, que tan bien decía conocer)⁵, hombre en el que se dieron todas las contradicciones que pueden conjugarse en un ser humano sin romperlo en cien pedazos—, se ha ido agrandando paulatinamente con los siglos, y hoy día ha venido a ocupar él solo una buena parte del espacio que el español culto adjudica, en su mapa cognitivo cultural, a ese borrón inocuo, exótico y festivo de nuestra historia medieval conocido vulgarmente por al-Ándalus.

La vida de Ibn Hazm se divide claramente en tres períodos, de desigual longitud. Desde su nacimiento en 994 hasta la *fitna* (1013) transcurren su infancia y juventud cordobesas, despreocupadas y muelles, como corresponde a cualquier hijo de ministro, en las que Ibn Hazm se forma y adquiere su prodigioso dominio de la lengua árabe escrita; la segunda de dichas etapas, dedicada al estudio del derecho y la teología y a

sus conjuras pro Omeyas, abarca desde la *fitna* hasta su retiro voluntario (ya casado⁶) en Montija —tras la quema pública de sus libros en Sevilla por orden de al-Mu'tadid Ibn 'Abbad—; por fin, la tercera y última va desde dicho retiro, hacia 1053, hasta su muerte en 1064. La enseñanza de su doctrina *zahirí* y la composición de obras que, a decir del avieso Ibn Hayyan, «no atravesaban el umbral de su puerta»⁷, fueron sus dos actividades conocidas, porque, como certeramente afirmó García Gómez, a partir de aquel retiro «la historia de su vida ya es la historia de sus libros»⁸.

Los orígenes de los Hazm son oscuros. Los investigadores vacilan a partes iguales entre adjudicarle una estirpe persa o un origen muladí, es decir, cristiano converso. Los hay que defienden que Ibn Hazm se inventó un linaje persa para ocultar su origen converso, que tan mal se compadecía con un áspero teorizador del derecho musulmán. Parece poco probable. Quien esto escribe no acaba de creer que quien redactara un monumental tratado de genealogía como la *Yamhara*⁹ fuera capaz de inventarse una para sí, máxime alguien que odiaba de tal forma la mentira¹⁰ y que tan crudamente atacaba en su *Libro de los caracteres* a quienes de antepasados se jactaban¹¹. Su conocimiento de la lengua árabe, extraño y monstruoso, tan común entre los persas arabizados, y algunos rasgos de su carácter, poco semitas¹², parecerían en principio hacer honor a su *nisba* (al-Farisi)¹³, sin que argumentos de peso permitan sostenerlo de forma fehaciente.

Cuando nace, corren aires milenaristas por el mundo, y la desazón cristiana por la inminente cifra, pese a las divergencias de cómputo, parece haber llegado incluso a la *Casa del islam*. Abu l-'Ala', el poeta ciego de Ma'arra, allá en Siria e Iraq, veintiún años más viejo que Ibn Hazm, quizás sea, en Levante, la máxima expresión árabe de esa desazón milenaria. Mutanabbi ya ha muerto, lo mismo que al-Buhturi, pero el Cid e Ibn Quzmán todavía tardarán algunas décadas en nacer. Al-Ándalus, políticamente, se encuentra en el gozne de su grandeza, pero culturalmente se encara a su siglo probablemente más brillante. De su infancia entre mujeres el mismo Ibn Hazm dejó escrito un testimonio elocuente¹⁴, bien aprovechado por quienes han trazado magistralmente los rasgos fundamentales de su biografía, como Miguel Asín, en el delicioso

prólogo, casi novelesco, de su megalítica y pasmosa edición castellana del *Kitab al-Fisal*¹⁵, o Emilio García Gómez, al frente de su seductora y bien traída versión de *El Collar de la paloma*, o José Miguel Puerta, en su entrada de la *Biblioteca de al-Ándalus*¹⁶, ordenada y brillante, así como Roger Arnaldez¹⁷, Anwar Chejne¹⁸ y muchos otros. Creció, como corresponde a un niño de buena familia, en una finca, en Muniyat al-Muguira, barrio palatino de las afueras de la ciudad califal de Medina Azahara, entre la parentela femenina, que fue la que le enseñó a leer y a recitar y escandir versos, así como a memorizar el Corán¹⁹. Su padre, Ahmad, visir de Almanzor y de su chambelán al-Muzaffar, era hombre culto y buen conocedor del árabe escrito, algo no tan frecuente entre la clase gobernante, y se había instalado, procedente de su casa de Balat Muguiz, en la parte de Poniente de Córdoba —cuya ruina tan *proustianamente* describirá de oídas Ibn Hazm en el *Collar*²⁰—, en Medina Azahara al asumir el visirato.

Es poco lo que se sabe de su juventud, salvo que debió de ser no mucho religiosa, según confiesa él mismo cuando afirma que, llegado a los veintiséis años, no era capaz siquiera de realizar la oración en la mezquita sin llamar la atención por su torpeza y desmanejo del rito²¹. Ello avala, además, su mayoría de edad, tan ascética y devota, común entre quienes no han escarmentado tras vadear las aguas muertas de una infancia atenazada por la religión. Algunas de las contradicciones observables en *El Collar de la paloma* —entre los primeros capítulos, que parecen sugerir una juventud disipada y un concepto más bien laxo del pecado, y los últimos, especialmente los dos que cierran el libro, tan inflexiblemente ortodoxos y rígidos en lo vital— también apuntan en esa dirección. En cualquier caso, es una juventud que coincide con el agotamiento del poder califal, incapaz de poner orden en las ambiciones de un paisaje que ha devenido demasiado heterogéneo como para ser apacentado con disciplina ni de proponer, como dijera siglos después Ortega²², un «proyecto sugestivo de vida en común» (permítaseme la traspolación, tan diacrónica como irresistible) a una civilización como la hispanoárabe, que no fue más que un esqueje exótico que, tras *agarrar* milagrosamente en un terreno al que siempre fue ajeno, empezaba entonces a amustarse, incapaz de sobrellevar la presión irresistible de una cristiandad que, al contrario



Mezquita de Córdoba

que el islam, nunca predicó la unidad porque fue siempre, como toda fuerza peninsular de reacción —el componente fundamental del ser hispánico— la unidad misma.

De la lectura de las fuentes árabes y, especialmente, del propio *Collar* se puede colegir que los afanes de Ibn Hazm, durante esos primeros años de vida, estuvieron centrados en la poesía más que en el estudio de las ciencias religiosas y el derecho musulmán, cual sería el caso después. No de otra forma se explica que para la redacción de su *risala* sobre el amor dispusiera de semejante caudal de versos (220 poemas, muchos de ellos largos, si bien abreviados por un copista algo melón, aunque no tan torpe como algunos han querido ver)²³. Ibn Hazm, tras esa juventud dispersa, dedicada al estudio y a la observación del género humano —en el que destacaría vivamente como un moralista *avant la lettre*²⁴—, en cuanto tuvo edad de ambicionar, trató desesperadamente de recuperar una posición a la que creía tener derecho por familia, una familia que,

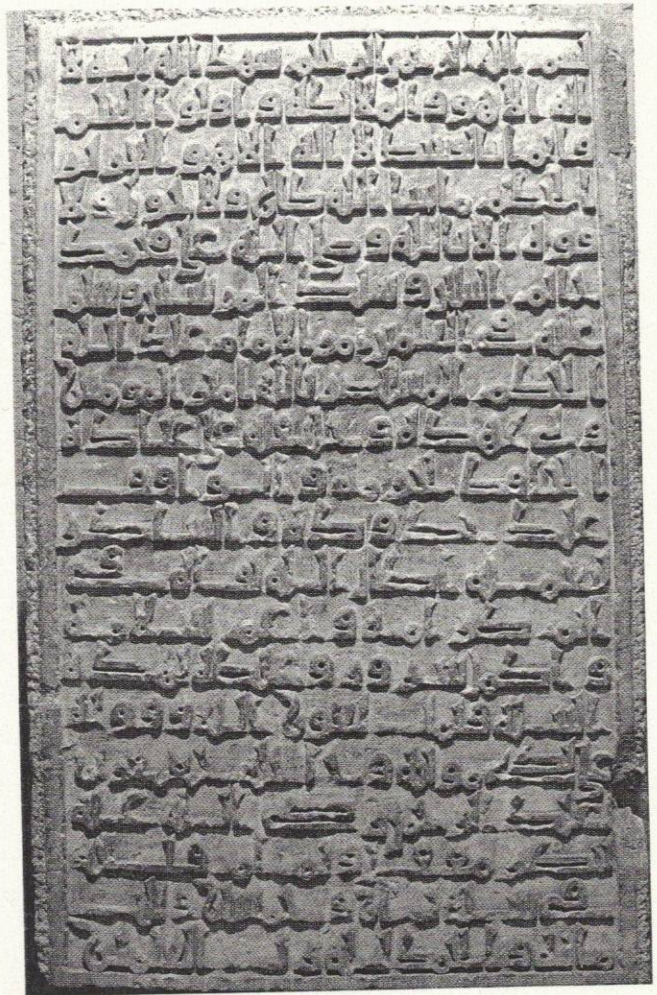
al ser depuesto el padre de su cargo de visir del amirí Almanzor y de su hijo, el chambelán al-Muzaffar—tras el turbulento período que culmina con la explosión de la *fitna*, en 1013, y en el que se suceden vertiginosamente la muerte de al-Muzaffar, la entronización de su hermano Sanchuelo por unos meses, luego el destronamiento de Hisham II (incluido el sainete de su falso entierro, que Ibn Hazm blandiría en su momento para negar la autenticidad de la resurrección de Cristo) y, por fin, la ascensión al trono de al-Mahdi—, se había visto obligada a abandonar su opulenta residencia cerca del poder para regresar a su más modesta casa de Balat Muguiz, renuncia oprobiosa que dejaría profunda huella en su carácter para siempre²⁵. Tras el asesinato de al-Mahdi, en 1010, fue repuesto el difunto Hisham II, pero la ojeriza de Wadih, el nuevo valido del califa, impedirá al padre recuperar su posición ante aquel. Desde ese momento, y tras la muerte de su hermano Abu Bakr, en la peste de 1011, y del propio padre en 1012, Ibn Hazm, sin más apoyo que su propio talento y con el empuje de hombre todavía joven que es, intentará con todas sus fuerzas coadyuvar a la restauración del califato omeya y a la recuperación de la posición familiar concomitante, pero sin éxito. Tras el saco de Córdoba por los partidarios del nuevo caudillo bereber al-Musta'in en 1013, se ve obligado a salir de la ciudad. En su denuedo por la restauración de los Omeyas, convertido en un *legitimista rabioso*, a decir de Asín²⁶, y envuelto en intrigas oscuras, sobre las que no mucho sabemos, pero que presumimos más bien torpes, participará en la derrota de al-Murtadà y degustará las mazmorras de varios príncipes y reyezuelos, conociendo destierro, tanto en Almería como en Játiva, lugar desde donde afirma encontrarse mientras redacta el *Collar*²⁷. Sin embargo, el viento, tras la composición de la que hoy—para el asombro, probablemente, del propio Ibn Hazm, si pudiera verlo— se considera su obra maestra, el *Tawq al-hamama*²⁸, sopla por una vez a su favor, si bien efímeramente, con la elección por el pueblo de Córdoba del nuevo califa al-Mustazhir, en 1023. Nombrado visir, junto con el célebre autor de la *Epístola de los genios*, Ibn Shuhayd, y su primo Abu l-Muguira, por un monarca que aprecia más las tertulias que los engorros del gobierno, permanecerá unas semanas en el cargo, hasta la ejecución del califa el 17 de enero de 1024, momento en que vuelve a dar con sus huesos en la cárcel.

Excarcelado milagrosamente, entiende, ya cumplidos los treinta años, que las oportunidades que la política y el poder ofrecen a un hombre que abomina de la falsedad son más bien escasas y se consagra al estudio, con la vehemencia y la desafortada intensidad de un auténtico genio de las letras, y transformado ya en un polígrafo, esa variedad afortunada del *grafómano*²⁹. Tras sus primeros estudios en el seno del *malikismo*, la corriente principal de interpretación jurídica en al-Ándalus, y unos breves devaneos con el *shafi'ismo*, se adhiere en cuerpo y alma al *zahirismo* (iniciado, casualmente, por otro pionero de la literatura amorosa, Ibn Dawud (m. en 909), autor del *Libro de la Flor*³⁰, y traído de Oriente por quienes viajaban en busca de la ciencia³¹), en el que priva la interpretación estricta de la ley de acuerdo con el sentido aparente (*zahir*) de los textos sagrados, el Corán y la *sunna*, que rechaza el sentido oculto (*batin*), descifrable mediante esfuerzo personal (*iytihad*), y que sólo admite como tercera fuente del derecho el consenso unánime de la comunidad de creyentes (*iyma'*). Su labor intelectual, en adelante, se centrará en una relectura total de las fuentes del derecho islámico desde esta perspectiva legalista estricta, lo que le valdrá el odio y la persecución rabiosa de gran parte de los alfaquíes andalusíes, seguidores mayoritariamente del *malikismo*, a los que Ibn Hazm acusaba de haberse dejado caer en los cómodos brazos del *qiyas*, o analogía en la resolución de casos, y haber descuidado perezosamente el estudio de las fuentes sagradas. Ya no volverá a asomarse a la poesía—género que parece quedar asociado a lo mundano y a sus pasados intentos de ganarse favores— salvo para redactar algunas composiciones de autoelogio, patéticos trenos en los que ajusta cuentas y se homenajea, comprendiendo que ya nadie lo hará por él. En la etapa que le conduce indefectiblemente al definitivo exilio interior, parece haber una fase en la que todavía Ibn Hazm mantiene esperanzas de interactuar con un mundo que le es crecientemente hostil. Para ello se volcará en la polémica—el pugilismo intelectual del medievo—, en lo que constituye un vago precedente del denuedo polemista que caracterizará las agrias divergencias religiosas peninsulares de los siglos XIII y XIV, que a su vez conducirán indefectiblemente—pasando por los intentos de conversión en la propia lengua de los infieles, abocados al fracaso— al *café para todos* de la primera monarquía nacional. Hasta en esto fue Ibn Hazm pionero. Es conocida su

polémica con el judío Ibn Nagrela, sobre la que escribiría incluso una epístola³². El punto de inflexión de ese afán polemista, defecto del que se le acusaba ya en un pasaje del *Collar*³³, lo constituye su paso por Mallorca, en donde recaló en su errar por diferentes territorios de la Península, en una etapa, en la que García Gómez lo considera un «intelectual vagabundo»³⁴, que lo llevará a Córdoba, Almería, Talavera, Denia, Sevilla. También de Mallorca será expulsado por su régulo, Abu l-'Abbas Ibn Rashiq, a pesar de que sus polémicas con el sabio jurista *malikí* al-Bay³⁵ se saldaron con tablas. Tenía entonces 55 años. Marchó para Denia, y recaló luego en Almería, entre 1049 y 1053, en donde no tardaría en enemistarse también con el cadí Ibn al-Rashiq, que conseguiría ahuyentarlo de la entonces importante ciudad levantina. Llegado a Sevilla, con 59 años de edad, comete la torpeza de marginarse, en un digno desdén, en ocasiones combativo, de los Abbadíes, cuyo poder creciente les ha llevado a controlar Córdoba, lo que ofrecía la posibilidad a Ibn Hazm de recuperar sus posesiones en la capital. No es mucho lo que era preciso hacer para enemistarse con al-Mu'tadid, reyezuelo salvaje y sanguinario, ejecutor de su propia prole, y efectivamente, nuestro autor debió de hacerlo, pues vemos cómo al poco tiempo, en un vago precedente de *auto da fé*, ese calor de la cultura que tanta afición provocará a la vuelta de pocos siglos, se rasgan y queman sus libros en la vía pública³⁶. En al-Ándalus existe ya un movimiento auténticamente contra Ibn Hazm y anti zahirí en general. Ibn Hazm escribió entonces unos versos célebres, en los que entremezcla su orgullo de autor que se sabe más allá de la zafiedad de los gobernantes de esa *comunidad autónoma* con un cierto pesimismo sobre las posibilidades de supervivencia de su maltratada ciencia:

«Aunque el papel queméis, no quemaréis lo que el papel encierra;
Que dentro de mi espíritu, a pesar de vosotros se conserva,
Y conmigo camina a dondequiera que mis pies me llevan.
Allí donde repose, allí también reposará mi ciencia,
Y conmigo en mi tumba será encerrada el día que yo muera [...].»³⁷

Tal día tardaría todavía algunos años en llegar. Su hijo Abu Rafi' anotó que «murió (en Manta Lisham)



Lápida fundacional omeya

la tarde del domingo faltando dos noches del mes de *sha'ban* del año 456, cuando contaba 71 años, 10 meses y 29 días de edad (según el calendario lunar; tenía, pues, 69 años solares)» (15 de agosto de 1064).

«A los que a visitarme se apresuran
Un día llegará en que se les diga:
'Ya murió Ali ibn Ahmad Aben hazam'
¡A cuántos corazones la noticia
Llenará de tristeza! ¡Pero cuantos
También la acogerán con burlas y risas! [...]»³⁸

Un siglo y medio después, todavía se conservaba en Huelva un sepulcro con sus restos³⁹. Luego, el rastro de su muerte se pierde —como el de todos los difuntos, arrumbados en el sótano del mundo— bajo el tráfigo y el zapateo inagotable de los vivos.

Ibn Hazm compuso decenas, por no decir cientos, de obras. Su propio hijo Abu Rafi' afirma que emborrinó más de 80.000 folios, que formaban 400 obras en total⁴⁰. Sólo la recopilación incluida en su entrada de la *Biblioteca de al-Ándalus* relaciona 143 de ellas. Algunas han llegado hasta nosotros, otras no. Entre las primeras, el *Kitab al-muhalla*, el *Collar de la paloma*, una docena o más de *risalas* o epístolas (entre las que destacan la *Epístola sobre la excelencia de al-Ándalus*, el *Libro de los caracteres y las conductas*, la *Epístola sobre el canto*, el *Naqt al-'Arus*, o la *Epístola sobre el dolor de la muerte*), su *Historia crítica de las ideas religiosas*, la *Yamharat ansab al-'arab*, el *Libro de la perla*, el libro de *La precisión de los fundamentos religiosos*, y un largo etcétera. No sabemos que hayan llegado a nosotros obras de 24 volúmenes, como el *Kitab al-Isal*, o de 15.000 folios, como el *Kitab al-Azar*. Yaqut, en su *Irshad*, considera a Ibn Hazm el cálamo más prolífico del islam, sólo tras el del historiador al-Tabari⁴¹. Nada parecía resistirse a la sabiduría oceánica de Ibn Hazm: derecho, filosofía, *hadiz*, Corán, sectas, historia, réplicas, diatribas, fundamentos religiosos, prosodia, etc. Sólo *El Collar de la paloma* le habría ganado justa fama como literato y poeta. Lamentablemente, su *diwan*, recopilado por su mejor discípulo, al-Humaydi, se ha perdido. El titánico esfuerzo de Asín nos ha permitido asomarnos con algún respiro a una obra tan compleja como el *Kitab al-fisal*, (*Libro de las soluciones decisivas acerca de las religiones, sectas y escuelas*), donde la cultura helenística, cristiana, judaica e incluso mazdeísta de Ibn Hazm, y su dominio de las demás religiones, reveladas y no reveladas, asombra por su vastedad, en una época que la procura de un libro era una tarea sudorosa, a menudo necesitada de alambicadas estrategias. Pero el *Fisal*, con sus cinco tomos, es sólo la punta de un iceberg de conocimientos en el que árabes y arabistas por igual todavía deberán excavar durante décadas antes de poder hacerse una idea aproximada del conocimiento del Mundo —y no sólo de su mundo— y del Hombre que tenía Ibn Hazm.

En su época de esplendor, al-Ándalus era tenido en poco en Oriente. Su dialecto era blanco de sornas y sus literatos, tras afrontar viajes espeluznantes, de los que a menudo no habrían de volver o lo harían desbaratados, recibían palmadas en el hombro a su llegada a Egipto o al Iraq. Hoy, a lomos de una rei-

vindicación romántica de al-Ándalus en Oriente, a veces tan irreal como injusta lo fue su preterición medieval, se ha pasado a magnificar todo lo que este fue y lo que significa. Llegará el momento en que se podrá hacer un balance equilibrado (al menos, ese dudoso arqueo que los seres comunes hacemos de los sobrehumanos) de un genio como Ibn Hazm, alguien que creyó que desde cualquier parte de la *Casa del islam* se podía llegar a la verdad, predicarla y defenderla. Para llegar a ese balance hay que seguir trabajando en sus obras, editando y traduciendo las que no lo están, una tarea tan titánica como apasionante. Con toda seguridad, Ibn Hazm será considerado entonces grande entre los grandes, por haber sabido mirar con ojo infalible en lo más profundo del corazón humano; por haber hablado de sí mismo y de sus entretelas con la naturalidad de un Rousseau, pero siete siglos antes; por haber defendido la verdad y proclamado con sus actos que el intelecto elevado nunca podrá ponerse al servicio de quien gobierna los cuerpos sin desnaturalizarse, y por haber batallado para inocular en los corazones el riguroso anhelo del Absoluto, esa esperanza de la carne humana sin la cual el destino del hombre está, como dijera lapidariamente un poeta, escrito sobre el agua.

Ginebra, enero de 2008

BIBLIOGRAFÍA

Sobre la vida de Ibn Hazm siguen siendo imprescindibles el primer volumen de la obra de Miguel Asín Palacios, *Abenhamaz de Córdoba y su historia crítica de las ideas religiosas*, Madrid, 1928 (reedición facsimilar, 1984); la introducción de Emilio García Gómez a su traducción de *El Collar de la Paloma*, Madrid, 1979, pp. 29-89; la entrada correspondiente en la *Biblioteca de al-Ándalus*, Almería 2004, vol. V, pp. 392-443; la monografía de Anwar Chejne, *Ibn Hazm*, Chicago 1982; la interesante obra de 'Abd al-Karim Jalifa, *Ibn Hazm al-Andalusi, hayatuhu wa-adabuhu*, Beirut, sin fecha; la obra de carácter general, en su peculiar español, de Mahmud Sobh, *Historia de la literatura árabe clásica*, Cátedra, Madrid, 2002, pp. 928-938; y la entrada correspondiente de la *Encyclopédie de l'Islam*, vol. III, pp. 814-822.

Sobre *El collar de la paloma* son de obligada consulta, entre los cientos de obras y artículos dedicados a esta *risala*, aparte de la mencionada introducción de García Gómez, el prólogo de A.R. Nykl a su versión del Collar, *A book containing the risala known as The dove's neck-ring, about love and lovers*, París, 1931, pp. I-CXX, en la que se extiende excesivamente sobre las posibles relaciones del *Tawq* con la poesía provenzal; la introducción de Ihsan 'Abbas a su edición de las *risalas* (vol. 1), *Rasa'il ibn Hazm*, Beirut, 1978; la obra de Teresa Garulo, *La literatura árabe de Al-Ándalus*, Madrid, 1998, pp. 67-83; la monografía sobre el *Collar de la paloma*, obra de uno de sus editores árabes, Tâhir Âhmad Makki, *Dirasat 'an Ibn Hazm wa- kitabihi Tawq al hamama*, El Cairo, 1977; la todavía útil historia de Á. González Palencia, *Historia de la literatura arábigo-española*, Barcelona 1928; el opúsculo de Mahmud Isma'îl, *Al-hubb 'ind Ibn Hazm al-Andalusi wa-Ibn Dawud al-Isfahani, hal iqtabas al-awwal min al-thani?* El Cairo, 2005; y el artículo de su segundo traductor al francés, Gabriel Martínez-Gros, «L'Amour-trace. Réflexions sur le "Collier de la colombe"», *Arabica* XXXIV, 1987, pp.1-47. Se obvian las obras de crítica textual, muy numerosas.

Sobre su filosofía, son imprescindibles los artículos que le ha dedicado Joaquín Lomba Fuentes, quizás el mejor *hazmista* español, junto con J. M. Puerta Vilchez; véase, por ejemplo, «Ibn Hazm, la belleza como forma de vida», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* XIX, pp.23-26; también, Faruq Abdelmuti, *Ibn Hazm al-Zahiri*, Beirut, 1992; el estudio de Goldziher, *Die Zahiriten*, Hildesheim, 1967; la historia de M. Cruz Hernández, *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, II, pp. 35-60; el estudio de R. Mújica Pinilla, *El collar de la paloma del alma: amor sagrado y amor profano en la enseñanza de Ibn Hazm y de Ibn Arabi*, Madrid, 1990; el opúsculo de Ángel Rodríguez Bachiller, *Filosofía de "El Collar de la Paloma" de Ibn Hazm*, Madrid, 1969; y la comunicación de M. Cruz Hernández, «El neoplatonismo de Ibn Hazm de Córdoba», *I Sesiones de Cultura Hispanomusulmana*, Granada 1962.

Sobre sus ideas estéticas y su teoría del conocimiento hay que leer las páginas que le dedica J. M. Puerta Vilchez en su apabullante *Historia del pensamiento estético árabe*, Madrid, 1997, pp. 475-548.

De *El libro de los caracteres y la conducta* existen dos ediciones en español, la de M. Asín Palacios, Irún, 1996, que, con el título *Libro de la medicina de las almas*, reproduce la de 1916, y la reciente de Emilio Tornero, Madrid, 2007 (*Los caracteres y las conductas*).

De la *Epístola sobre la excelencia de Al-Ándalus* existe traducción al francés de Ch. Pellat en la revista *Al-Ándalus*, XIX, 1954; del *Naqt al-'Arús* hay versión de L. Seco de Lucena, en el *Boletín de la Universidad de Granada*, 1941 (reed., Valencia, 1974). Por último, de la *Risala fi alam al-mawt wa-ibtalihi* (*Epístola sobre el dolor de la muerte y su invalidación*) existe traducción de M. Asín Palacios, en «Un códice inexplorado del cordobés Ibn Hazm de al-Ándalus», *Al-Ándalus* II (1934), pp.1-56.

NOTAS

- ¹ La alquería de Manta Lisham, o Montija, que Asín situó a dos kilómetros de Huelva. Véase M. Asín y Palacios, *Abenhazam de Córdoba y su historia crítica de las ideas religiosas*, Madrid, 1928, vol. I, pp. 27 y ss.
- ² Ibn Hazm escribiría en unos versos: «La veleidosa fortuna/jamás de rodar me cansa...», *Abenhazam...*, vol. I, p. 239.
- ³ Véase Ibn Hazm, *El Collar de la paloma*, versión de E. García Gómez, Madrid, 1979, p. 95. Cito la versión de García Gómez y la edición de Ihsan 'Abbas, (*Rasa'il Ibn Hazm*, Beirut, 1987) en árabe, si bien todas las traducciones del libro que figuran en este artículo son mías, procedentes de una versión todavía inédita, en la que sigo trabajando, y que aparecerá próximamente en Ediciones Hiperión.
- ⁴ *Collar*, p. 223; *Rasail*, vol. I, p. 223.
- ⁵ *Ibid.*, pp. 290 et ss; *Rasa'il*, vol. I, pp. 291 y ss.
- ⁶ A lo largo de los miles de folios que escribió, Ibn Hazm no habla ni una sola vez de la que tuvo que ser su esposa, cuyo nombre ignoramos. Con seguridad sabemos, por contra, que tuvo tres hijos y una hija. Uno de ellos, Abu Rafi', llegaría a ser genealogista de renombre —al servicio del hijo de quien mandase quemar sus escritos—, y moriría en la batalla de Zallaqa (1086).
- ⁷ Recogido por Ibn Bassam en su *Dajira*, vol. I, p. 169.
- ⁸ *Ibid.*, p. 46.
- ⁹ *Yamharat ansab al-'arab*, o *Colección de genealogías de los árabes*, ed. É. Lévi-Provençal, El Cairo, 1948.
- ¹⁰ «Yo puedo permitirme tener por amigo a quien tenga cosas de las que avergonzarse, por más que sean grandes defectos, y dejo en manos del Creador —entronado y ensalzado sea— pedirle cuentas, tomando yo sólo lo bueno de su carácter, salvo cuando sé que es un mentiroso, defecto que a mis ojos borra cualquier bondad que pudiera haber en él, echa en saco roto todos sus dones y deja en nada cuanto de aprovechable hubiera en su persona...», *Collar*, p. 175. *Rasa'il*, vol. I, p. 173.
- ¹¹ «Gloríase el imbécil del talento de su padre», *Los caracteres y la conducta*, ed. M. Asín, p.73.
- ¹² Especialmente una tenacidad poco común y un apego absoluto al rigor en la argumentación, huyendo de lo hiperbóreo, lo anecdótico y lo fantástico. Sobre su carácter, el propio Ibn Hazm dejó escrito en el *Collar*: «En lo que a mi persona concierne, te he de hacer saber que hay en mi carácter dos disposiciones naturales que han conseguido que la vida no me fuese nunca de buen provecho, y cuya conjunción provoca que encuentre mi existencia fastidiosa, deseando en ocasiones ausentarme de mí mismo para evadirme de ésta y así ahorrarme los tormentos que por ambas disposiciones sufro. Son, por un lado, una fidelidad sin fisuras, que no hace diferencia alguna entre los presentes y los ausentes, ni entre lo in-

timo y lo aparente. La genera un afecto intenso que provoca que mi alma no pueda abstenerse de aquello que ya conoce ni aspire a renunciar a la compañía de quienes considera sus amigos. Y por otro, un amor propio exagerado, que no me permite quedar indiferente ante los desmanes, y que viene del alma misma, concomida siempre por la menor vicisitud que pueda traerle una mudanza de amistades, ante la cual la muerte misma encuentra preferible. Cada una de estas dos disposiciones innatas me atrae hacia sí y busca avasallarme.» *Collar*, p. 256; *Rasa'il*, vol. I, p. 256.

¹³ Su nombre completo era Abu Muhammad 'Ali ibn Ahmad ibn Sa'id ibn Hazm ibn Galib ibn Salih ibn Jalaf ibn Ma'dan ibn Sufyan ibn Yazid al-Farisi.

¹⁴ «Yo he observado a las mujeres y he sabido de sus secretos lo que contadas personas han llegado a averiguar, pues me crié en sus regazos y crecí a sus pechos, sin que me fuera dado conocer a personas de otro género ni frecuentar a los hombres sino después de haber llegado a la pubertad, cuando el bozo comenzó a poblarme los carrillos. Fueron ellas las que me enseñaron el Corán, me recitaron gran parte de las poesías que conozco y me familiarizaron con la caligrafía. [...]. Tampoco olvido nada de lo que en ellas veo. La razón de que esto sea así hay que buscarla en el fuerte recelo que me es innato y en mi natural propensión a pensar mal de ellas, pues en no pocas ocasiones fui espectador de las razones que las mueven.» *Collar*, p. 167; *Rasa'il*, vol. I, p. 166.

¹⁵ *Abenhamazam...*, vol. I. Editada en Madrid en 1928, es obra difícil de conseguir. Fue reeditada por Turner en 1984, pero su carácter de libro raro persiste. Sería muy conveniente una reedición, aunque fuese en facsímil, en la que se tradujesen en anexo aquellas partes que Asín no vertió al castellano.

¹⁶ *Biblioteca de al-Ándalus*, Almería, 2004, vol. V, pp. 392-443. En la entrada colaboró también R. Ramón Guerrero.

¹⁷ Véase su entrada en la *Encyclopédie de l'Islam*, y su obra *Grammaire et théologie chez Ibn Hazm de Cordoue*, París, 1956.

¹⁸ A. CHEJNE, *Ibn Hazm*, Chicago, 1982. Obra ambiciosa y de calado, pero que contiene errores de bulto.

¹⁹ *Collar*, p. 167; *Rasa'il*, vol. I, p. 166. Habida cuenta del carácter de Ibn Hazm y de su indisposición natural a la autoridad, es probable que creciera con un edipo de los de harén, categoría superlativa de fijación materna que ni el mismo Freud llegó a considerar en sus escritos. La limitación de espacio me impide desarrollar esta hipótesis.

²⁰ «Al parecer, la ruina ha dado al traste con todo, y lo que fuera morada del hombre ahora es un árido páramo, y el otrora escenario de tratos y afectos, un pedregal siniestro, escombros desparramados lo que fueran antes bellas construcciones. El tiempo ha trocado en barrancos pavorosos lo que fueran sitios seguros; son ahora refu-

gio de lobos, lugares en los que se escucha la melopea de los *gul*, sitios en los que los genios jueguetean, cubiles de fieras, tras haber sido habitados por quienes más parecían leones que hombres y poblados por doncellas vírgenes como figurillas de marfil, que contagiaban a su paso su delicia desbordante. Se disolvió aquello que las mantenía juntas y pasaron de mano en mano como botín de guerra, encontrándose ahora dispersas por los cuatro puntos cardinales. Era como si esos sacrosantos salones, de trabajado adorno, y las cerradas y engalanadas recámaras, que destellaban como el mismo sol, tan hermosos de contemplar que al hacerlo parecían volar las penas, hubieran sido cazados por la ruina y aplastados por la decrepitud, y dejaran ver su cavidades como bocas de fieras, abiertas, que proclamaran lo percedero del mundo terrenal y dejaran ver en qué quedan las cosas de los hombres que lo habitan, avisándote de cuál es el destino de todo lo que sobre él ves ahora en pie, y haciéndote abstenerte de procurarlo, tras tanto haberte abstenido de renunciar a él.» *Collar*, p. 227 y ss.; *Rasa'il*, vol. I, pp. 227 y ss.

²¹ Transmitido por Yaqut, *Irshad*, pp. 1652-53.

²² Cito de memoria de *España invertebrada*, obra que no tengo conmigo en estos momentos.

²³ TERESA GARULO, en su pequeña joya *La literatura árabe en Al-Ándalus durante el siglo XI*, Hiperión, 1998 (que tan bien haría en ampliar a toda la historia de al-Ándalus), comenta acertadamente que muchos de esos poemas parecen haber sido creados para la ocasión, lo cual es indudablemente cierto. Parece, sin embargo, haber casos en que el texto en prosa discurre al encuentro casual de un poema ya elaborado. Son numerosos, a mi entender. Por otra parte, cabe preguntarse, a la vista de la extrañeza que expresa en su colofón el copista del *unicum* en el cual nos ha llegado el *Collar* por el lenguaje raro de Ibn Hazm (donde afirma haber podado los versos «para facilitar la inteligencia de los extraños conceptos que de su verbo se desprenden»), si la poca fortuna del *Collar* en Oriente (a excepción de su segundo capítulo) debe de atribuirse a su carácter de *hápax literario* y a la existencia de un árabe culto andalusí, retroalimentado en su aislamiento de Oriente, que si bien era comprendido allí, era tenido en poca cosa frente a la barroquizante y tortuosa prosa rimada de los autores de *maqamat*, por ejemplo. Respecto al copista, su torpeza ha servido para que los diversos editores y traductores del *Collar* justificaran cualesquiera propuestas de enmienda del texto, a veces harto caprichosas.

²⁴ Algunas de las máximas y apotegmas de *El libro de los caracteres y la/s conductas* —traducido por Asín, y editado en Iralka, Irún, 1996, y vuelto a traducir brillantemente por Emilio Tornero, (Siruela, Madrid, 2007)—, teñidas de una lúcida desesperanza, recuerdan vagamente, descontado su carácter moralizante islámico, a las de moralistas franceses como La Rochefoucauld, Chamfort y La Bruyère.

- ²⁵ No se olvide que, en el derrumbamiento del Estado omeya, lo que se tambalea es también la posición privilegiada de Córdoba como capital y metrópoli.
- ²⁶ Conviene recordar que cuando Asín redactó su *Abenhazam...* en España se debatía, herida de muerte, la monarquía, por lo que cabe preguntarse si no cargaría las tintas del *legitimismo rabioso* omeya de Ibn Hazm de forma traslaticia, dando rienda suelta a sus temores por una república que tan poco debía de ilusionar a sacerdotes, por más sabios que fueran, como él (no sin cierto motivo, como se vería después).
- ²⁷ «Tu carta, que enviaste de la ciudad de Almería, llegó a mi residencia en la villa de Játiva [...]», *Collar*, p. 93, *Rasa'il*, vol. I, p. 84.
- ²⁸ Existe alguna divergencia sobre la fecha de composición del *Collar*. García Gómez lo data en 1022 e Ihsan 'Abbas en 1026. Es obvio que el *Collar* no era para su autor más que un divertimento de juventud (milagrosamente logrado, y quizás reelaborado en la madurez, como el *Cuadern gris* de Plá) y que Ibn Hazm cifraba su propia valía en sus grandes composiciones jurídicas y teológicas, como el *Muhalla* o el *Kitab al-Fisal*; de poder contemplar el relativo anonimato en el que *viven* su vida libresca esas magnas obras frente a la considerable fama que rodea al *Collar*, bufaría indignado antes de meterse de nuevo en su tumba. Pero, como bien reza el dicho, *Habent sua fata...*
- ²⁹ Releyendo como estoy la *Historia de los heterodoxos españoles*, de M. Menéndez Pelayo, no dejo de asombrarme de los múltiples paralelismos observables entre Ibn Hazm y el polígrafo santanderino, salvadas las diferencias abismales de entorno y de creencias. En ambos personajes, la contundencia y la vehemencia con las que defienden posiciones francamente ultramontanas hacen que su figura, lejos de resultar fastidiosa —como parece que lo era, y mucho, la de Ibn Hazm en vida— acabe siendo entrañable, siquiera por el despliegue de sobrehumana erudición y la rica prosa de que ambos hacían gala. Debe de ser cierto que el paisaje hace al paisanaje.
- ³⁰ *Kitab al-zahra*, o *Libro de la flor*, que algunos traducen por *Libro de Venus*. No existe versión española. Parcialmente editado por Nykl.
- ³¹ Por entonces, se tenía en muy poco a quien, deseando labrarse fama de sabio, no viajaba a Levante a escuchar a los maestros orientales. Los *masters* de entonces costaban a menudo la vida o el exilio perpetuo a quienes los emprendían. Ibn Hazm parece haber despreciado esa inmutable forma de papanatismo cultural, de ahí su famoso poema: «Yo soy el sol que en el cielo/de las ciencias resplandece/aunque mi único defecto/fue nacer por occidente...» (Asín, *Abenhazam...*, p. 237), o su conocido verso, incluido en el *Collar*, «Joya de la China, ¡fuera de aquí!/¡Me basta con el rubí de Alandalús!» (*Collar*, p. 183), donde por cierto, García Gómez se permite la licencia de traducir al-Ándalus por *España*.
- ³² *Risala fi radd 'alà Ibn al-Nagrila al-yahudi*, (Epístola refutando al judío Ibn al-Nagrila), editada por I. 'Abbas, *Rasa'il*, vol. III.
- ³³ «Me respondió: "Eres hombre polemista, pero en el amor no hay polémica que valga." Le contesté: "Especialmente cuando el polemista está apestado de amor." Replicó: "¿Hay acaso peste más excelsa que el amor?"», (Quien habla es Muhammad ibn Qulayb), *Collar*, p. 160; *Rasa'il*, vol. I, p. 159.
- ³⁴ *Collar*, introducción, p. 46.
- ³⁵ Véase la obra de Turki, A.M. *Polémiques entre Ibn Hazm et Bagi*, Argel, 1973.
- ³⁶ Parece probable, como sugieren algunos, que Ibn Hazm hubiera ya abandonado Sevilla cuando la quema se produjo y que al-Mu'tadid se tuviera que conformar con quemar sus libros al no poder echarle el guante.
- ³⁷ Trad. de Asín, *Abenhazam...*, vol. I, p. 235.
- ³⁸ Traducción de Asín, *Abenzaham...*, vol. I, p. 240.
- ³⁹ *Abenhazam...*, vol. I, p. 243.
- ⁴⁰ YAQUT, *Irshad*, vol. IV, p. 1651.
- ⁴¹ YAQUT, *ibid*.